

## Carla Bedini. Algunas pequeñas cosas son mágicas

La totalidad de la tardía y reciente producción pictórica de Carla Bedini puede ser entendida a través del desasosiego que su obra produce sistemáticamente en el espectador. No se trata, como a menudo acontece, de escenas en las que la perturbación proceda del artificio, de elementos pretendida o pretenciosamente misteriosos; al contrario: retratos recortados sobre fondos neutros, estancias vacías, vestidos ricamente ornamentados... Y, sin embargo, todas sus piezas revisten un aire de algo que podríamos llamar irrealidad o, más bien, pararrealidad.

Si bien es cierto que no conseguimos definir aquello que separa nuestro mundo del de las retratadas, no menos cierto es que la contemplación de las obras nos lleva a percibir este último como algo ajeno. Desorientados, somos incapaces de comprender cuanto observamos, porque la realidad que todavía podemos reconocer ha sido transformada mediante un proceso de estilización; esto es, ha sido replanteada de modo que, pese -o tal vez gracias- a la impertérrita mirada de las adolescentes, proyectamos en lo que vemos nuestras obsesiones y fobias, cual si de un espejo se tratase.

A nivel técnico, esta reformulación se debe en parte al peculiar *modus operandi* de Bedini, quien, tras pigmentar la tabla, extiende sobre ella una superficie de gasas que contribuye a estructurar la obra y a modificar las calidades táctiles del soporte, consiguiendo un relieve heterogéneo a la par que real. De este modo, la artista logra moverse en las coordenadas de la más estricta contemporaneidad pese a mantener evidentes deudas con la tradición, a saber: tipología, modelado, gradación tonal y una perfecta definición de los contornos; huellas clasicistas amalgamadas en un personalísimo eclecticismo que permite juegos tan sugerentes como el de las ricas texturas con las que nos recuerda al decorativismo decimonónico finisecular.

Por su parte, el discurso expositivo nos permite penetrar en un tormentoso laberinto emocional -construido, a partes iguales, entre el espectador y la autora- cuyo punto culminante se concreta en una pieza exquisita y paradigmática, Scioglioni, un retrato de intensa carga emotiva, que resulta de conjugar una perspectiva invertida -y por ende, dramática-, con un delicado escorzo y un impecable estudio decorativo que contrapone la geometría del embaldosado a la libertad orgánica del vestido de la muchacha.

Alejada del tópico y la grandilocuencia, excelente, en suma, esta primera muestra en España de una de las artistas italianas con mayor proyección. Y es que, como reza su título, algunas pequeñas cosas son mágicas.

**Adrián Hiebra**

**ArtNotes Nº22 — Agosto 2008**